

mente que había otros de quienes la Patria podía esperar grandes beneficios.

Resumiendo ahora los puntos importantes, diremos para concluir, que la batalla de Boyacá produjo cuatro grandes resultados: el terror del gobierno español y de sus ejércitos, que trajo a su ánimo la persuasión de la ineficacia de los medios ante el ideal emancipador; el entusiasmo de los americanos que los colocó a la altura y más arriba de los aguerridos soldados peninsulares y que los llevó a sacrificarlo todo por su libertad; la creación de la Gran Colombia, obra del que es considerado hoy como precursor de todos los movimientos unionistas de la actualidad; y el reconocimiento de la superioridad militar de Bolívar y el afianzamiento de su prestigio—causa de todas las victorias que siguieron—que hizo bella y grandiosa realidad del sublime delirio de Casacoima.

Fernando Gómez Martínez

(Del «Ateneo Nuevo»)

## Consecuencias de la Batalla de Boyacá

ESTUDIO FAVORECIDO CON EL SEGUNDO PREMIO

Al Dr. Jesús Antonio Hoyos, espíritu eminentemente generoso y comprensivo.

Todo fue grandioso y peregrino en aquella jornada que culminó el 7 de Agosto de 1819. Desde su inspiración casi repentina que fulguró en la mente de Bolívar al conocer los éxitos de Santander en Casanare y ante la hostilidad de la naturaleza que amagaba paralizar sus proyectos en las llanuras del Apure y retardar por varios meses las operaciones sobre Venezuela; desde el acto de trepar la escarpada cordillera de los Andes, con sus rocas altísimas y sus hondos precipicios, cuya realización sólo ha tenido un hecho semejante durante los siglos, en el paso de los Alpes por el General Cartaginés; desde toda esa miríada de obstáculos cuya sola enunciación pone pavor en el ánimo más firme, hasta esa épica batalla del Puente de Boyacá en que el ardor de los combatientes y el anhelo de la victoria encendieron los fusiles, enloquecieron las espadas e hicieron revivir en aquellos campos una pléyade de centauros, como si todo conviniera a hacer de aquél un hecho memorable, de cuyo éxito dependía la liberación de un continente, y cuyas consecuencias, como ondas poderosas, irían ampliando sus anillos indefinidamente hasta dar al espectador el espejismo de las cosas eternas.

En la vida de los pueblos—aun en la de aquéllos que apenas comienzan a destacar su personalidad y en los cuales parece, por muchas y muy variadas circunstancias entre las que sobresale su constante evolución, que no debiera haber nada definitivo—hay acontecimientos que marcan

época en el transcurso de su historia, que son como mojoneros indicadores de que una nueva era ha principiado para ellos, y que constituyen para el observador una verdadera atalaya desde donde puede otear el porvenir, interpretar con criterio alto los sucesos posteriores e indagar qué influencias han tenido sobre éstos, qué corrientes sumaron a la dinámica universal, cuántas transformaciones impulsaron y qué beneficios ha recibido la humanidad de su realización. Tal sucede con la batalla de Boyacá.

Lo primero que sorprende al volver esta página gloriosa de nuestra historia es el entusiasmo desbordante que prendió en los pechos granadinos el incendio de Boyacá. Con razón decía Bolívar en el Congreso de Angostura: «El delirio que produce una pasión desenfrenada es menos ardiente que el que ha sentido la Nueva Granada al recobrar su libertad». Hay que figurarse el despertar de una raza oprimida sobre cuyo dorso debilitado imponían afortunados tiranos la más agresiva de las soberanías; hay que pensar en el encono de aquellos hombres que oían por los cuatro puntos del horizonte el lamento de sus hermanos que caían al golpe de la espada pacificadora y el rugido de fiera acorralada que salía de las ciudades en muchas de las cuales no había un pedazo de tierra que no estuviera humedecido con sangre de algún héroe, ni un lugar público que no hubiera sido testigo de un martirio; hay que considerar el fermento de aquellos espíritus que, altivos y todo, tenían que besar la mano azotadora si no querían morir como perros en las plazas, cuando no en las encrucijadas, dejando a merced de sus verdugos los seres más queridos. Hay que reflexionar sobre todas estas cosas para deducir la magnitud de aquel torrente de patriótico entusiasmo que inundó el organismo de la Nueva Granada y llevó calor y vida no sólo a las más apartadas regiones del país, sino también a las naciones hermanas que anhelaban la independencia.

Dijérase que los ejércitos victoriosos del 7 de Agosto se habían multiplicado, como en las justas homéricas, para llevar a todos los confines, con rapidez insuperable, sus armas triunfadoras, y en lo alto de sus banderas el signo de la Libertad. Y como esta deidad es foco ingente que turba el sosiego de los déspotas y llena de pavor el alma de los tiranos, se inició la desbandada de los que se creían, por derecho divino, únicos árbitros de los destinos americanos. La comenzó el Virrey Sámano, cuyo temor era tan grande como había sido su crueldad; y en pos de él, José Bauzá, de Pamplona; Carlos Tolrá y el Dr. Faustino Martínez, de Antioquia; Juan Aguirre, del Chocó, y todos esos mandarines más o menos arbitrarios que oscurecieron por muchos años el horizonte libertario de la Nueva Granada. Lo cierto es que no habían pasado muchos días cuando en las provincias de Santa Fe, Tunja, Socorro, Pamplona, Neiva, Margarita, Antioquia, el Chocó y en la mayor parte de Popayán ondeaba triunfante el pabellón independiente, y las alegres dianas de la Libertad habían resonado en el cora-

zón de cerca de 940000 habitantes y les habían llevado la seguridad de que no más el dogal oprobioso estrujaría sus gargantas, ni la mano extranjera firmaría la inicua condena, y que los de fuera no vendrían más con su boato a insultar su austera pequeñez y su honrada pobreza, ni a hacer más amargo el pan de las duras imposiciones con la petulancia de quienes se creían dueños y señores del mundo.

Este milagro de rapidez, este vértigo de propaganda, este huracán de patriotismo que recorría de sur a norte la tierra granadina, se debía sin duda a la ardorosa sed de independencia que animaba a estos pueblos, en los cuales cada ciudadano fue un soldado que ofrecía con su fortuna su vida, y cada hogar una trinchera desde cuyos parapetos la Libertad arrojaba sus sangrientos venablos a la cara de los opresores.

Si estos efectos producía en la masa social, en el alma tornadiza de las multitudes incomprensivas que sólo alcanzaban el lado material y sensible de la dádiva que el triunfo les ofrecía, ya se puede imaginar el delirio que había provocado en los espíritus preparados para quienes los gajes tangibles del momento eran cosa secundaria ante el concepto espléndido y soberbio que representaba la recién nacida libertad. Entre éstos figuraba en primera línea Bolívar. El, que había ideado la campaña, que, comprendiendo lo que ella representaba, había puesto a su servicio el depósito inmenso de su fe y de su confianza, y por cuyos resultados sintió tantas veces torturadora ansiedad; él, a quien el esquivo triunfo del Pantano de Vargas había exasperado hasta impulsarlo a seguir con tesón y a obligar a batirse a un enemigo superior, no podía menos que sentirse noblemente halagado, con el espíritu abierto a todo proyecto grande y generoso, y con la imaginación volando sobre las más atrevidas concepciones. No sería aventurado afirmar que después de la victoria de Boyacá fue tomando cuerpo y vistiéndose con los colores de la realidad toda aquella falange de sueños que fueron su sostén en las horas de prueba y en aras de los cuales había hecho todos los sacrificios, pues el éxito, que es blanda almohada para los hombres mediocres, es estímulo violento para los grandes ambiciosos de cuya raza moral resultan siempre los genios. ¡Qué planes no pasarían, en la embriaguez de Boyacá, por aquella imaginación millonaria que se veía lisonjeada por la realización de hechos que eran antes hermosos desvarios, y a qué cumbres no convertirían las alas poderosas de su pensamiento! Tal vez en aquellos días organizó la América futura; vio la Gran Colombia proclamada; la corriente de simpatía que sus proezas despertaban en Europa; escuchó las bendiciones que la humanidad le prodigaba por sus esfuerzos en pro de la libertad de los esclavos. Tal vez allí concibió el grandioso proyecto, de que hablaría después en Lima, de reunir en Panamá el Congreso que realizara la federación de las diversas repúblicas y que rigiera los destinos del continente, y percibió distintamente las dianas de

Ayacucho que se levantaban regocijadas sobre la América libertada.

Se ha de ver en el curso de estas páginas cómo estos acontecimientos que parecen, al enunciarlos, atrevidas hipótesis o infantiles quimeras, se fueron sucediendo con precisión pasmosa como si el tiempo, en cuyo seno se albergaban, se hubiera puesto a la atisba de la ocasión propicia para irlos presentando de relieve delante de los ojos atónitos del mundo. Adrede quedará en último lugar el proyecto de liga de pueblos para poder tratar con algún detenimiento este asunto que parece—después de la independencia—la idea más generosa y más trascendente que brotó de la mente de Bolívar, y cuya fama continuará al través de los siglos.

Supongamos por un momento que en vez de las primicias victoriosas del 7 de Agosto, hubiera sido la derrota para el futuro Libertador la única finalidad de sus fatigas. ¡Qué cúmulo de males hubiera arrojado sobre la América aquel desastre definitivo y cuántos años se hubiera retardado la emancipación! ¿Qué hubiera respondido Bolívar al Congreso de Angostura, en cuyo seno se le había llamado desertor y se había criticado duramente su osadía, cuando se le pidiera cuenta del ejército confiado a su discreción, de Páez y de sus valientes llaneros que hubieran sido aniquilados tarde o temprano por el enemigo triunfante, en aquellas regiones inhospitalarias? Si el día de Boyacá había hecho de Nueva Granada el centro de todas las esperanzas; si de allí procedía ahora aquel fluido asombroso que no sólo envolvía la República sino que en una forma o en otra volaba a la Goajira a llevar vigor y confianza a los espíritus ansiosos, y a las guerrillas de Venezuela, en las cuales los soldados granadinos que acababan de presenciar la victoria propagaban ese soplo magnífico que engendra los mártires y los héroes; si en este lado de los Andes se había definido ya la suerte de la Guerra, piénsese en las terribles consecuencias de un fracaso casi deseado por algunos pseudopatriotas enemigos de Bolívar, que desde la prensa y la tribuna habían ido sembrando la desconfianza que hubieran explotado a maravilla los pacificadores. Pero no: estos pueblos «estaban ya maduros para la libertad» según el decir del Barón de Humbolt, y este alud de fuerzas ciegas que, salidas del seno de la Revolución Francesa, habían venido a despertar en los corazones americanos el sentimiento de emancipación hasta entonces dormido, no podían quedarse inactivas, así conspirara contra ellas la más adversa fortuna o se opusiera a su avance la abulia de una raza acostumbra a las cadenas, pues sabido es que toda fuerza significa vida, y ésta tiende fatalmente a la actividad y a la luz, y en cumplimiento de estas leyes universales, hasta la planta escondida extiende sus ramúsculos en dirección del rayo luminoso y aun la microscópica semilla rompe el terrón de tierra que la cubre, para cumplir su destino.

Es incontrovertible que la feliz coronación de esta cam-

paña y la proclamación de la Gran Colombia, como su más inmediato cuanto brillante resultado, influyeron de una manera poderosa en el ánimo de los españoles, quienes comenzaron a abrir los ojos a la razón y a darse cuenta de que aquellos hombres que todo lo arriesgaban y que de todo eran capaces tal vez no merecieran el apodo de *viles y mercenarios* con que tenían la costumbre de señalarlos, y que quizás eran dignos de tratar con ellos de igual a igual las bases de la guerra y las condiciones de la paz. Entonces fue cuando Bolívar el *insurgente* de otros días, comenzó a ser el señor *Presidente de la República* a quien se dirigían con respeto los enviados de Fernando VII y las repetidas comunicaciones de don Pablo Morillo. El tratado para la regularización de la guerra, redactado por el Libertador y suscrito y refrendado por los representantes de España y Colombia el 26 de Noviembre de 1820, en cuyas cláusulas se adivina un anhelo fervoroso de generosidad y un criterio altamente humanitario, es prueba evidente de que la palabra de los americanos iba tomando valor ante los mismos que los creían incapaces de un procedimiento caballeroso, y un tácito reconocimiento de que los fines de la revolución no eran tan depravados cuando el jefe de ella era capaz de ofrecer un pacto en que campeaban unidas la dignidad y la hidalguía. Tanta importancia se le concedió a este paso y tanta trascendencia tuvo que O' Leary no vacila en afirmar que "tal negociación decidió la independencia del país." Y no era solamente esta clase de documentos lo que iba ganando el respeto y la atención sobre el Héroe de América. Nó, que a cada paso se encuentran en su vida rasgos emocionantes que revelan la bondad de su espíritu y la liberalidad de su corazón. Entre éstos sobresale, por el sentido de cristiana democracia que lo inspira, la campaña que emprendió desde los albores de su carrera en favor de la libertad absoluta de los esclavos, en la cual no descansó hasta verla sancionada por el Congreso del Rosario de Cúcuta. Esa raza tan injustamente oprimida—dice el historiador arriba citado—"debe más a Bolívar que a cuantos le han precedido o le han sucedido en la regeneración de la humanidad."

Pero es tiempo ya de bosquejar, siquiera sea a grandes rasgos en gracia de la brevedad, la manera como se fue desarrollando ese vasto plan que absorbió todos los pensamientos del Libertador y que consistía en la unión de la América como una agrupación de pueblos que ejerciera la hegemonía sobre el Nuevo Continente y que se pusiera en el mismo pie de igualdad con las más grandes potencias europeas. No se contentaba su noble ambición con dar a cada pueblo su ración de libertad y su gobierno genuinamente republicano, sin exigir las prebendas del poder, las que aceptó las más de las veces—¡oh paradojas de la vida!—por la imposición de sus libertados, y porque era preciso, dadas aquellas circunstancias, una sola voluntad a quien obedecer en los momentos más decisivos de una épo-

ca en que el desorden y la anormalidad eran lo único estable en las turbulencias de la lucha. El presentía el porvenir de estos países y la sed de conquista que sus riquezas naturales despertarían en las naciones del Viejo Mundo, cuando no en las hermanas mayores del Nuevo; y por eso predicaba con el fervor de un enviado y con la pertinacia de un apóstol la necesidad de reunir en el círculo de unos mismos intereses y bajo el pabellón de las mismas aspiraciones a aquellas agrupaciones aisladas para que se hicieran grandes no sólo en el sentido material sino también en el moral, grandeza ésta última la más ambicionada por quien cifraba en el Derecho la redención del mundo.

No se puede negar que estas ideas habían orientado desde el principio de la guerra las miradas de Bolívar, pero más bien como lejano ideal aun recatado en brumosas lejanías, o como hermosa finalidad de una misión política y fecunda. Y como él era ante todo un sembrador, no perdía ocasión, en conversaciones y epístolas, de divulgar su pensamiento, de manera que lo había ido insinuando lentamente a las más altas mentalidades, hasta dejarlo bosquejado en Febrero de 1819 en el Congreso de Angostura cuando se le designó como único Presidente de las tierras hasta entonces libertadas. Pero fue después de Boyacá cuando comenzó a hablar claro sobre sus esperanzas y se propuso precisar sus aspiraciones, que por fortuna estaban ya estereotipadas, aunque de una manera menos extensa, en el espíritu de sus principales amigos, como lo demuestra la carta que, al saber el resultado de la última campaña, le escribió D. Juan Germán Rocio, Presidente del Congreso de Angostura, y en la que—después de felicitarlo por los triunfos—"le habla—dice Restrepo—de la reunión de Venezuela y de la Nueva Granada bajo de un solo Gobierno, como de un suceso que los venezolanos deseaban lo más pronto que fuera posible para el bien y prosperidad de ambos pueblos." No había de conformarse, sin embargo, con esto quien decía a sus soldados que la América entera era teatro demasiado pequeño para su valor. Poco después de salir de Bogotá, el 18 de Noviembre de 1819, escribía a Anzoátegui, ignorante aún de la muerte de este gran caudillo acaecida tres días antes: "Cuide Ud. mucho de la Guardia. Recuerde Ud. que en ella tengo puesta toda mi confianza. Con ella, después que hayamos cumplido nuestros deberes con la patria, marcharemos a libertar a Quito y quién sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas." ¿No es cierto que en estas palabras flota un mágico aliento que genera el entusiasmo y una fe tan viva en el porvenir que hace pensar que quien las ha escrito conoce todo lo que pueden su inteligencia y su valor, y lleva ya en la mente, escrito con férreos caracteres de voluntad, el croquis de aquella gran nación que se llamaría Colombia y que, al decir de Groot, "auguraba más poderosa que el imperio de los asirios y los medos; más pujante que los

de Augusto y Alejandro; con un pie en el Atlántico y otro en el Pacífico, viendo sus mares poblados de bajeles, trayendo las riquezas del Asia, de la Europa en cambio de las preciosidades de nuestro suelo?"

Como se ve, toda su actividad se dirigía a plasmar en forma duradera este proyecto en el cual cifraba él todo su orgullo de ciudadano y toda su autoridad de vencedor. Por eso cuando en Diciembre se presentó ante el Congreso de Angostura a rendir cuenta de sus hazañas en aquel discurso que ha recogido la historia y ha consagrado la posteridad, reclamaba como único premio de sus años la proclamación de la Gran Colombia. Entre otras cosas decía: "La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el único objeto que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América". Y terminaba así: "Legisladores: el tiempo de dar base fija y eterna a nuestra república ha llegado. A vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va a fundarse esta vasta república. Proclamadla a la faz del mundo, y mis servicios quedarán recompensados."

Tres días después, el 17 de Diciembre de 1819, era decretada por unanimidad la República de Colombia.

Los pensamientos del Libertador habían penetrado por la fuerza de su bondad en cada uno de los miembros de aquel Congreso memorable, y con tal vigor habían ganado aquellas voluntades y de tal manera habían conmovido aquellos corazones, que lograron hacer de cada uno de ellos un propagandista fervoroso. Por eso aquel espíritu comprensivo y potente de Francisco Antonio Zea en ese manifiesto que—al clausurar las sesiones—dirigió a los pueblos de Colombia, alcanza entonaciones sublimes que sacuden las fibras más íntimas del patriotismo, bosqueja las más halagüeñas perspectivas para estas tierras privilegiadas, arrebatada con el vuelo pindárico de su imaginación desbocada y se deshace en apóstrofes que parecen proféticos contra los que más tarde habían de conspirar contra la unidad colombiana, y lo hace de manera tan vehemente que no se puede resistir el deseo de reproducirlos: "¡Perezca—decía—el primero que conciba la patricida idea de separar, no digo un departamento, una provincia, pero ni una aldea de nuestro territorio! ¡Perezca el que, indigno del nombre de colombiano, se denegare a sostener con su espada y con su corazón la integridad y la unidad de la República que habéis constituido!"

Hé aquí, pues, cómo ya comenzaba a tener bases sólidas aquel pertinaz anhelo y a convertirse en viviente realidad aquella perseguida esperanza. La Gran Colombia era ya un núcleo bastante poderoso para atraer sobre sí el respeto no sólo de Europa sino también de las nacientes repúblicas de América, y cuya organización podía contribuir de manera definitiva a la unión tanto tiempo ambicionada.

Por eso el Libertador, que apenas veía iniciada su obra no se detuvo a disfrutar de las conquistas alcanzadas sino que, con tesón desusado y nuevos bríos se propuso llegar hasta el fin. Así, cuando en el año de 1821 fue llamado por el Congreso del Rosario de Cúcuta a tomar posesión de la Presidencia de Colombia, le decía al Presidente de aquella Corporación: "La Constitución de Colombia, junto con la Independencia es el ara santa en la cual haré los sacrificios. Por ella marcharé a las extremidades de Colombia a romper las cadenas de los hijos del Ecuador, a convidarlos a Colombia después de hacerlos libres. Señor: espero que me autorizaréis para unir con los vínculos de la beneficencia a los pueblos que la naturaleza y el cielo nos han dado por hermanos".

Tres años más tarde los tambores de Ayacucho celebraban la derrota del último enemigo, y las banderas que representaban la tiranía eran arriadas para siempre en el vasto territorio de América.

Estaba, pues, terminada felizmente la emancipación, y esto permitiría a Bolívar dedicarse de lleno a la ejecución de su proyecto sobre el Congreso de Panamá y sobre la federación americana que venía meditando con detención desde el año de 1822.

No ignoraba él que España apoyada por la Santa Alianza meditaba la reconquista de estos países y el gran peligro que corría la libertad si no se unían para la defensa. Verdad es que ya había firmado alianzas ofensivas y defensivas con el Perú, Chile, Buenos Aires y Méjico, pero su ideal era extenderlas a todo el continente. Por eso al tener conocimiento del mensaje del Presidente de los Estados Unidos, en 1823, en el cual era proclamada la famosa doctrina de Monroe, vio que había llegado el momento propicio, pues desde luego podría contar con el apoyo moral de la más grande de las repúblicas hermanas. Y cuando la batalla de Ayacucho lo consagró como Libertador de cinco pueblos, creyó que una autoridad tan bizarramente adquirida le daba derecho para dar el primer paso en tan trascendental asunto. En efecto, dirigió desde Lima una circular a todos los nueve estados de la América, firmada por su Ministro General D. José Sánchez Carrión, en la cual hablaba «sobre la ejecución del proyecto grandioso que había concebido de reunir en Panamá un Congreso de Plenipotenciarios de todos los Estados americanos para que sirviera de Consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete de los tratados públicos y de conciliador en las diferencias que ocurriesen en los Estados», según apunta Groot. Este mismo historiador dice que «este proyecto grandioso llamó la atención de los europeos. El Abate Le Pralt escribió un opúsculo bajo el título de CONGRESO DE PANAMA en que admiraba esta idea del Libertador. Este autor ha efa grandes votos por la realización del proyecto y se prometía grandes cosas para la sociedad en general. «¿En qué época

del mundo—decía—se ha visto nunca una reunión llamada del seno de un territorio tan vasto y destinada a fallar sobre semejantes intereses?»

Mas las rivalidades y celos de los unos y la excesiva prudencia de los otros alcanzaron a ocultar ante los Gobiernos invitados las grandes ventajas de este acto, y solamente el Perú, América Central, Méjico y Colombia enviaron a Panamá sus representantes con los cuales se instaló el Congreso el 22 de Junio de 1826. Ya la Historia ha juzgado como se merece la conducta de esos países que hicieron primar la voz de pequeños intereses del momento sobre los invaluable resultados que hubiera obtenido la posteridad, impidiendo así la realización de una obra cuyo influjo hubiera evitado sin duda un inútil derroche de sangre y de energía, mucho mayor, si cabe, que el que se puso al servicio de la causa de la libertad. El Doctor Jesús Antonio Hoyos, en un libro justiciero y reivindicador que publicó hace poco tiempo en París sobre las relaciones entre Estados Unidos y Colombia, termina el capítulo dedicado al Congreso de Panamá con estas palabras que traducidas dicen: «El plan grandioso de Bolívar fracasó pues a causa de la desconfianza de los unos y de la envidia de los otros, pero la historia hará honor y justicia a Colombia y a su ilustre Presidente por haber sido los primeros en América que quisieron establecer el arbitraje como medio civilizador para resolver los conflictos entre naciones.»

Se ha visto pues cómo el destino reservaba al Libertador el dolor supremo de ser incomprendido y de ver morir en sus comienzos el único anhelo que había dirigido por más de cuatro lustros aquel corazón indomable. Estas democracias generalmente turbulentas no estaban preparadas para tanta grandeza y el águila de las cumbres comenzaba a inquietar el corazón de los ingratos y la majestad de sus alas provocaba ya el injurioso clamoreo de las medianías humilladas. Entonces el cóndor gigantesco enseñado a vivir en las alturas sin sentir vértigo de ellas, no pudo soportar la férrea cadena de ingratitud que le pusieron sus hermanos, y con las alas rotas se cernió sobre San Pedro Alejandrino y buscó para morir las ardientes playas del Océano, como si enseñado a vivir entre lo grande, hubiera querido buscar el último refugio a la vera de aquella mole infinita.

\*  
\* \*

En resumen, y haciendo a un lado los detalles que no son sino adherencias más o menos considerables del resultado general, surgen de la batalla de Boyacá—que fue el golpe de gracia al gobierno español—dos consecuencias primordiales de orden diverso, a cuya sombra bienhechora deben vivir siempre los pueblos: *la realidad espléndida de la independencia y el ideal soberano de la unión americana*. Sostener la una a todo trance y alimentar sin descanso

el otro debe ser la única aspiración de todo americano patriota. Bajo la santa égida de la primera, sembrar constantemente la semilla del segundo; sembrar siempre, sembrar a manos llenas poniendo en la siembra lo mejor de nuestro corazón. Y como según la ley universal nada se pierde, algún día fructificará aunque sea en lejano hemisferio el grano que no nutrió la tierra ingrata y que el huracán arrastró a más propicias latitudes; así el Congreso de Panamá, que Bolívar soñó para regir los destinos de la América, ha surgido ahora en Versalles, después de una gestación de un siglo, para señalar los nuevos caminos del mundo. En el mismo altar en donde se ofrezcan sacrificios a la independencia, deben ofrecerse también al ideal americano, ya que pueblos sin ideal son pueblos inferiores llamados a desaparecer en la natural evolución de las cosas. Menguado aquél que sólo en realidades cifre su afán y su gloria, y mil veces menguado quien proscriba en los pueblos el culto de los sueños.

El historiador Mitre condena muchos de los planes de Bolívar por impracticables y dice de él que «tenía la cabeza llena de viento y de ideales». Y Blanco Fombona, ese idólatra de las glorias del Libertador, comenta así estas palabras: «Los ideales realizados, aquellos ideales que el héroe convirtió en realidad porque tuvo tiempo, le parecen buenos, comprensibles: como que ya son la realidad. Los celebra, los reconoce, los llama ideales. Pero aquellos otros ideales no menos auténticos, genuinos, bellos, grandes; aquellos ideales no menos ideales, aunque la muerte y la vida le impidieron realizarlos, esos los desconoce el corpúsculo y como no los comprende, los desdeña, los tilda de inexistentes, de impracticables, de tontería, de fatuidad, de teatralidad, de humo, de viento. *Bolívar tenía la cabeza llena de viento y de ideales*. Es cierto. Algunos de sus ideales, y de los más bellos, quedaron sin concreación, hechos sustancia de espíritu, cosa incoercible, viento.»

Pues bien, esta *cosa incoercible*, esta *sustancia de espíritu* es la que hay necesidad de difundir, de hacer amar y respetar; hay que embriagar con ella a la juventud americana; hay que luchar por ella sin tregua ni descanso, y no cejar hasta verla cristalizada en la forma de una América solidaria, poderosa por el espíritu y por el músculo, fraternalmente enlazada y compacta, que sea capaz de imponerse por su ecuanimidad y justicia y de rechazar con virilidad la acometida de cualquiera nación del mundo que intentara violar la soberanía de los estados que la forman.

Medellín, Julio de 1919.

Eduardo Vasco.